

rascas gigantescas, uno de esos animales de Gevodan, que se comen despiadadamente á los hombres.

Fácil es, pues, ahora comprender el dolor que sentiría el pobre Sebastian Gilberto cuando supo que su padre estaba preso en la Bastilla.

Fácil es también de comprender la convicción que abrigaba Billot, de que el doctor no saldría de la prisión si no se le sacaba de ella á viva fuerza.

Y fácil es también de comprender el frenético ímpetu del pueblo cuando Billot gritó: *¡ A la Bastilla !*

Verdad es que era un proyecto descabellado, como lo habían dicho los guardias franceses, intentar tomar la Bastilla.

La Bastilla tenía víveres en abundancia, una guarnición completa y artillería para defenderse.

Tenía además paredes de quince pies de ancho y cuarenta de alto.

Y por último, tenía un gobernador que se llamaba Mr. de Launay, que había hecho llenar de pólvora las cuevas de la fortaleza, y había jurado, en el caso de no poderse defender, volar la Bastilla y la mitad del barrio de San Antonio.

CAPITULO XIV

Los tres poderes de la Francia.

Billot marchaba á la cabeza de la multitud, que entusiasmada con su aire marcial, y comentando sus palabras y acciones, le seguía engruesándose cada vez más como las olas de la alta marea.

Detrás de Billot, cuando llegaron á la calzada de San Miguel, había ya más de tres mil hombres, armados de cuchillos, hachas, picas y fusiles.

Todos iban gritando; *¡ A la Bastilla ! ¡ A la Bastilla !*

Billot se reconcentró un instante en sí mismo. Se hizo todas las reflexiones que hemos indicado al final del capítulo anterior, y poco á poco se deshizo todo el sueño que se había forjado en su imaginación.

Entonces vió claramente lo que quería intentar.

El proyecto era sublime, pero descabellado: fácilmente se podía comprender esto con solo mirar los semblantes azorados é irónicos de cuantos oían al paso el grito de *¡ A la Bastilla !*

Pero no sirvió todo esto sino para aferrarle en su determinación.

Se persuadió, sin embargo, de que él era responsable para con las madres, esposas é hijos de las vidas de todos aquellos hombres que le seguían, por lo que quiso tomar antes todas las precauciones posibles.

Billot guió á toda su gente á la plaza del Hotel de Ville.

Cuando llegaron allí nombró un lugar teniente y oficiales para poner en orden su ejército.

— Veamos, dijo para sí Billot; ¿cuántos poderes hay en Francia? Hay uno... No, hay dos... Tampoco, hay tres. No sé; consultemos sobre el particular.

Y entró al Hotel de Ville preguntando cuál era el jefe de la municipalidad.

Le respondieron que Mr. de Flesselles.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! exclamó poco satisfecho al parecer; Mr. de Flesselles, un noble, es decir; un enemigo del pueblo.

— No, no, le respondieron; es un hombre de talento.

Billot subió la escalera del Hotel de Ville.

En la antecámara encontró un uquier.

— Quiero hablar con Mr. de Flesselles, dijo Billot, viendo que el uquier se acercaba á preguntarle qué quería.

— ¡ Es imposible ! respondió el uquier; está muy ocupado haciendo una lista para la milicia del pueblo que se está organizando en este momento.

— Perfectamente, dijo Billot; yo también estoy organizando una milicia, y como ya tengo tres mil hombres regimentados, vengo á ver á Mr. de Flesselles, que no tiene todavía dispuesto un solo soldado.

En efecto, el uquier había dirigido una mirada á la calle, y había visto la gente que traía Billot. Se apresuró, pues, á avisar á Mr. de Flesselles, al cual enseñó, como recomendación eficaz, los tres mil hombres de Billot.

Esta recomendacion inspiró á Mr. de Flesselles cierto respeto hácia el que deseaba hablarle. Echó á andar inmediatamente y salió á la antecámara, mirando á todos con curiosidad.

Divisó á Billot; conoció al instante que él era el que deseaba hablarle, y se sonrió.

— ¿Qué es lo que teneis que mandarme? le preguntó.

— ¿Sois el señor de Flesselles? dijo Billot.

— Sí señor. ¿En qué puedo servirlos? Pero daos prisa, porque tengo mucho que hacer.

— Señor Flesselles, preguntó Billot, ¿cuántos poderes hay en Francia?

— ¡Ah! eso es segun, señor mio, respondió Flesselles; segun se quiera entender.

— ¿Y vos, cómo lo entendeis?

— Si consultais á Mr. Bailly, os dirá que no hay mas que uno; la Asamblea nacional: si consultais á M. de Dreux-Brezé, os dirá tambien que no hay mas que uno; el rey.

— ¿Y de estas dos opiniones, señor de Flesselles, cuál es la vuestra?

— La mia es tambien que ahora especialmente no hay en Francia mas poderes que uno.

— ¿Cuál? ¿La Asamblea, ó el rey? preguntó Billot.

— Ni la una ni el otro; la nacion, respondió Flesselles, sacudiéndose con los dedos la pechera de la camisa.

— ¡Ah, ah! ¡la nacion! exclamó el colono.

— Sí, la nacion; es decir, esos señores que aguardan ahí abajo con cuchillas y puñales; la nacion, quiero decir, todo el mundo.

— Quizá, quizá tengais razon, señor de Flesselles, respondió Billot; y tambien la tenia el que aseguró que crais hombre de talento.

Flesselles se inclinó respetuosamente.

— A cual de los tres poderes pensais vos apelar? preguntó Flesselles.

— Me parece, dijo Billot, que lo mas sencillo, cuando hay algo que pedir, es dirigirse á Dios y no á los santos.

— ¿Eso quiere decir que pensais dirigiros al rey?

— Eso es lo que deseo.

— ¿Y se puede saber lo que vais á pedir al rey?

— Que ponga en libertad al doctor Gilberto que está preso en la Bastilla.

— ¿Al doctor Gilberto? preguntó con estrañeza Flesselles; ¿no es el doctor Gilberto un escritor de folletos?

— Decid mas bien un filósofo.

— Es igual señor Billot. Me parece que es imposible que obtengais semejante gracia.

— ¿Y por qué?

— Ante todo, porque si el rey ha mandado poner preso al doctor Gilberto en la Bastilla, sus razones habrá tenido para hacerlo así.

— ¡Pues bueno! dijo Billot; entónces me dará él sus razones y yo le daré las mias.

— Señor Billot, el rey está muy ocupado y no os recibirá.

— Si no me recibe, yo buscaré medio de entrar á verle sin su permiso.

— Pero os encontrareis en palacio con Mr. de Dreux-Brezé que mandará que os echen á la calle.

— ¿Que me echen á la calle?...

— Sí, pues que ha querido hacer lo mismo con toda la Asamblea; verdad es que le salió mal su intento; pero esto es un motivo mas para que con vos lo haga.

— ¿Sí?... pues entónces me dirigiré á la Asamblea.

— El camino de Versalles está interceptado.

— Iré con mis tres mil hombres.

— Mirad bien lo que haceis, señor mio; porque os hallareis en el camino con cinco mil suizos y tres mil austriacos que acabarán con vuestros tres mil hombres en un abrir y cerrar de ojos.

— ¡Ah diablo! entónces, ¿qué es lo que debo hacer?

— Lo que gusteis; pero hacedme el obsequio de llevaros de aqui esos tres mil hombres que están dando en el suelo con sus alabardas, y se entretienen en fumar. Hay en las cuevas siete ú ocho quintales de pólvora, y una chispa puede hacernos volar á todos.

— En ese caso, dijo Billot reflexionando al mismo tiempo, no me dirigiré al rey ni á la Asamblea nacional, sino á la nacion, á mis tres mil hombres, y tomaremos por fuerza la Bastilla.

— ¿Y con qué recursos?

— Con los ocho quintales de pólvora que vais á darme al punto, señor Flesselles,

— ¡Ah!... ¿de veras? dijo Flesselles con acento burlon.

— Y tan de veras. Dadme las llaves, señor mio, si no lo llevais á mal.

— ¿Qué es eso? ¿os estais burlando?

— No, señor, no me burlo, estoy hablando muy sério, dijo Billot.

Y cogiendo del cuello á Flesselles con sus dos manos, añadió:

— ¡Las llaves, ó llamo á mi gente!

Flesselles se quedó pálido como un difunto. Apretó con un movimiento convulsivo sus labios y sus dientes, y en seguida respondió con voz tranquila, sin que su acento sufriese la menor alteracion, y sin dejar el tono irónico en que habia empezado á hablar.

— Asi como asi, señor Billot, me haceis un favor en llevaros esa pólvora. Voy, pues, á mandar que os den las llaves, como deseais. Pero os advierto para otra vez que yo soy vuestro primer magistrado, y que si teneis la desgracia de hacer conmigo delante de gente lo que acabais de hacer á solas, tendreis que ser ahorcado sin remedio en el término de una hora. ¿Persistís todavía en llevaros la pólvora?

— Y tanto, respondió Billot.

— ¿Y vais á distribuirla vos mismo?

— Yo mismo.

— ¿Y cuándo?

— En este mismo instante...

— Dispensadme; ahora tengo que hacer, y quisiera que no empezara la distribucion hasta dentro de un cuarto de hora. Me han vaticinado que tengo de morir de muerte

violenta, y á la verdad, lo confieso, tengo grande repugnancia á volar por los aires.

— Bueno, será dentro de un cuarto hora. Pero tengo yo tambien que pedir os una cosa.

— ¿Cual es ella?

Acercaos á esta ventana y os lo diré.

— ¿Pero qué es lo que vais á hacer?

— Quiero haceros popular.

— Gracias, gracias; ¿y de qué manera?

— Ahora lo vereis.

Billot tomó del brazo á Flesselles y le hizo acercarse á la ventana.

— Camaradas, dijo á la multitud, ¿no es verdad que quereis tomar la Bastilla?

— ¡Sí! ¡sí! ¡sí! gritaron á un tiempo tres mil ó cuatro mil voces.

— Pero os falta pólvora, ¿no es asi?

— ¡Sí! ¡pólvora! ¡pólvora!

— Pues bien, aqui teneis al señor Flesselles, que quiere daros toda la que hay en las cuevas del Hotel de Ville. Dadle gracias, amigos míos.

— ¡Viva Mr. de Flesselles! gritó la multitud.

— Gracias, gracias por mí y por él, dijo Billot.

Y despues, volviéndose hácia Mr. Flesselles.

— Ahora, señor, le dijo, no necesito ya agarraros del cuello, ni á solas, ni delante de nadie: porque si no me entregais las llaves, la nacion, como vos llamais á esa gente, la nacion os hará trizas.

— Tomad las llaves, señor, dijo Flesselles; teneis una manera de pedir las cosas, que no admite réplica.

— En ese caso, voy á pedir os otra cosa, dijo Billot, que parecia estar meditando un nuevo proyecto.

— ¡Ah diablo! ¿todavía teneis mas que pedir?

— Sí. ¿Conoceis al gobernador de la Bastilla?

— ¿Mr. de Launay?

— Yo no sé como se llama.

— Se llama Mr. de Launay.

— Corriente. ¿Conoceis á Mr. de Launay?

— Es amigo mio.

— En ese caso, debeis querer á toda costa que no le suceda ninguna desgracia.

— Y lo quiero efectivamente.

— Pues bien; para que no le suceda una desgracia, es menester que me entregue la Bastilla, ó al menos, que ponga en libertad al doctor.

— ¿Creeis que tenga yo influencia para hacer que os entregue la fortaleza ó deje ir el prisionero?

— Nada de eso; lo que os pido es únicamente que me proporcioneis una entrada para la Bastilla, porque quiero ir á verle.

— Os prevengo, señor Billot, que si quereis entrar en la Bastilla, tendreis que entrar vos solo.

— Pues bien, iré yo solo.

— Y os prevengo ademas, que entrando solo no saldreis quizá nunca de alli.

— Mejor, aunque no salga nunca de alli.

— Pues bien; voy á daros un pase para la Bastilla.

— Venga.

— Pero con una condicion?

— ¿Qué condicion?

— Que no vengais mañana á pedirme quizá otro pase para la luna: os prevengo que no conozco á nadie en aquel planeta.

— Flesselles, Flesselles, dijo una voz sorda y atronadora que sonaba á espaldas del síndico del ayuntamiento. Si sigues teniendo dos caras, una que sonrie á los aristócratas y otra que sonrie al pueblo, te prevengo que vas á firmarte tú mismo un pase para el otro mundo,

El síndico se volvió lleno de susto,

— ¿Quién dice eso?

— ¡Yo! Marat.

— ¡Marat el filósofo! ¡Marat el médico! exclamó Billot.

— El mismo, respondió este.

— Sí, Marat el filósofo, Marat el Médico, dijo Flesselles, que en calidad de médico debía encargarse de cu-

rar á los locos, lo que le proporcionaría hoy un buen número de esperimentos prácticos.

— Señor Flesselles, respondió el nuevo interlocutor; este ciudadano os pide un pase para la Bastilla. Si no se le dais, os advierto que ahí están tres mil hombres aguardándoos,

— Bueno, bueno, señor: voy á dárselo ahora mismo.

Flesselles se acercó á una mesa, se pasó una mano por la frente, y con la otra, cogiendo la pluma, escribió rápidamente algunos renglones.

— Aquí está el pase, dijo presentando el papel á Billot.

— A ver, leedlo; dijo Marat.

— No sé leer, contestó Billot.

— Pues bien, dadme acá: yo le leeré.

Billot entregó el papel á Marat.

El pase estaba redactado en estos términos:

« Señor gobernador:

» Nos, síndico del ayuntamiento de París, mandamos á Billot para que se concierte con vos sobre los asuntos de dicha ciudad.

» 14 de julio de 1789.

» DE FLESSELLES. »

— Bueno está, dijo Billot; venga.

— ¿Creeis que está bien este pase así? preguntó Marat.

— Sin duda ninguna.

— Pues aguardad un poco: el señor síndico va á añadir aquí un *post-scriptum* y estará mejor.

Y se acercó á Mr. de Flesselles que se habia quedado en pié, pensativo, con la mano apoyada sobre la mesa, mirando con un gesto desdeñoso á los dos que estaban dentro de la sala y á un tercero que acababa de asomarse á la puerta apoyado en una carabina.

Era Pitou, que habia seguido á Billot y estaba dispuesto á hacer todo lo que este le mandara.

— Señor, dijo Marat á Flesselles, este es el *post-scriptum* que vais á añadir y que hará que el pase esté mejor redactado : escribid, pues.

— Id diciendo, señor Marat.

Marat puso en la mesa el papel, y señalando con el dedo el sitio en que Flesselles debía escribir.

« El ciudadano Billot, dijo, tiene carácter parlamentario, y en su consecuencia, vos sois responsable de su vida. »

Flesselles dirigió una mirada á Marat como si quisiese mejor pegarle un bofetón que hacer lo que le mandaba.

— ¿Qué es eso? ¿dudais? preguntó Marat.

— No, dijo Flesselles; porque lo que pedís es muy justo.

Y escribió el *post-scriptum*.

— Con todo, señores, añadió; ni aun así puedo yo responder de la seguridad personal de Billot.

— ¡Pues bien! yo respondo, dijo Marat quitándole el papel de las manos; porque vuestra seguridad responderá de la seguridad de Billot, y vuestra cabeza de la suya. Tomad, Billot, añadió Marat; ya está corriente el pase.

— ¡Labrí! dijo llamando Mr. Flesselles; ¡Labrí!

A los pocos instantes entró un lacayo vestido de gran librea.

— ¡El carruage! dijo el síndico.

— Ya está, señor, en el patio.

— Pues vamos, dijo dirigiéndose hácia la puerta Mr. Flesselles. ¿Teneis mas que pedirme, señores?

— No, respondieron al mismo tiempo Billot y Marat.

— ¿Se le deja pasar? pregunto Pitou.

— Amigo mio, dijo Flesselles; os aviso que estais muy indecentemente vestido para venir á estar de guardia en la puerta de mi cuarto. Si es que teneis precisamente que estar ahí, ponerlos delante la carabina y arrimaos en la pared; de este modo se podrá pasar con mas comodidad.

— ¿Se le deja pasar? repitió Pitou mirando á M. Flesselles de una manera que denotaba que le habia hecho gracia lo que acababa de decir.

— Sí, dijo Billot.

Y Pitou se retiró á un lado.

— Quizá habeis hecho mal en dejar que se vaya ese hombre; pudiera muy bien haberos servido de rehenes; pero en cualquier sitio donde se encuentre, no tengais cuidado, que yo le seguiré la pista.

— ¡Labrí! dijo el síndico al subir á su carruage, van á sacar la pólvora de abajo. Si vuela el Hotel de Ville, no quiero yo subir por los aires: con que así, aprisa, Labrí, aprisa.

Echó á rodar el carruage y apareció en la plaza, que estaba ocupada por mas de mil personas.

Flesselles temia que interpretasen mal su partida, achacándola á miedo y creyendo que huía.

Sacó medio cuerpo por la ventanilla del coche.

— ¡A la Asamblea nacional! dijo en voz muy alta al cochero.

Esto le valió una gran salva de aplausos por parte de la multitud.

Marat y Billot se habian asomado al balcon y habian oido las últimas palabras de Flesselles.

— Apuesto mi cabeza contra la suya, dijo Marat, á que no va á la Asamblea nacional, sino á palacio á ver al rey.

— ¿Será preciso detenerle? preguntó Billot.

— No, contestó Marat con una horrible sonrisa. No os dé cuidado; por ligero que vaya, antes llegaremos nosotros que él. Ahora, á sacar la pólvora.

— Sí, es verdad; ¡la pólvora! dijo Billot.

Y ambos bajaron, seguidos de Pitou.

CAPITULO XV

El gobernador de la Bastilla.

Como lo dijo á Billot Mr. Flesselles, habia ocho mil libras de pólvora en la cueva del Hotel de Ville.

Marat y Billot bajaron con una linterna que suspendieron de la pared.

Pitou se puso de centinela á la puerta.

La pólvora estaba en barriles, conteniendo cada uno veinte libras, poco mas ó menos. Se colocaron de trecho en trecho algunos hombres en la escalera, y se empezó á sacar los barriles.

Hubo un momento de tumulto y de confusion. Como no se sabia si habria pólvora suficiente para todos, cada cual se apresuró á tomar la que necesitaba. Pero los gefes nombrados por Billot, se hicieron escuchar de la multitud, y la distribucion se llevó á cabo con bastante orden.

Cada ciudadano recibió media libra de pólvora, la suficiente para poder tirar unos treinta ó cuarenta tiros.

Pero cuando ya se encontraron con que tenían pólvora, vieron que no tenían fusiles; apenas quinientos hombres eran los que estaban armados.

En tanto que se efectuaba la distribucion, una parte de aquella furiosa multitud que se veía sin armas, subió al salon en que celebraban sus sesiones los electores. Se hallaban entónces allí tratando de organizar la guardia nacional que ya sabemos. Acababa de decretarse que esta milicia se compondria de cuarenta y ocho mil hombres. Aun no existia la milicia mas que en decreto, y ya se disputaba con calor quien habia de ser el gefe que la mandaria.

Estando en esta discusion, invadió el pueblo el Hotel de Ville. La multitud estaba ya completamente organizada y pronta á marchar; solo le faltaban armas.

En aquel mismo instante se oyó un carruage sobre las piedras del patio. Era el del síndico del ayuntamiento, á quien no quisieron dejar pasar, é hicieron volver á la fuerza al Hotel de Ville, á pesar de que enseñó una orden del rey que le mandaba ir á Versalles.

— ¡Armas! ¡armas! gritaron todos cuando le vieron.

— ¿Armas? dijo él; no las tengo; pero debe haberlas en la armería.

— ¡A la armería! ¡A la armería! gritó la multitud.

Y cinco ó seis mil hombres bajaron corriendo por la Greve. No habia armas tampoco en la armería.

Inmediatamente volvieron gritando; ¡al Ho'el de Ville!

El síndico no tenia armas, ó por mejor decir, no queria darlas. Para no verse acosado de la multitud, se le ocurrió dirigirla á los Cartujos.

Los cartujos abrieron sus puertas al pueblo; registró este por todas partes, pero no halló ni una sola pistola de bolsillo.

Entretanto, sabiendo Flesselles que Billot y Marat estaban aun en la cueva del Hotel de Ville distribuyendo la pólvora, propuso enviar una diputacion de electores á Mr. de Launay, gobernador de la Bastilla, para que retirase los cañones de las trincheras.

El dia anterior, lo que mas habia irritado á la multitud, fué ver aquellos cañones que sacaban su cuello por entre las almenas. Esperaba Flesselles que haciéndoles desaparecer, se contentaria el pueblo con esta sola concesion y se retiraria satisfecho.

Acababa de salir la diputacion, cuando el pueblo volvió enfurecido.

A sus gritos salieron al patio Billot y Marat.

Flesselles, asomado á un balcon, procuraba calmar al pueblo. Proponia que se diese un decreto que autorizase á los distritos para hacer fabricar al momento cincuenta mil picas.

El pueblo estaba ya decidido á aceptar.

— Ese hombre nos está haciendo traicion, dijo Marat.

Y en seguida, volviéndose á Billot.

— Id cuanto antes á la Bastilla á lo que teneis que hacer. Dentro de media hora yo os enviaré allá veinte mil hombres, cada cual con su fusil.

Desde que vió Billot á este hombre tuvo gran confianza en él, y su nombre era tan popular, que antes habia llegado ya á sus oídos.

No le preguntó, pues, como podia disponer de tantos hombres y fusiles.

Se hallaba tambien entre la multitud un cura, que participando del entusiasmo general, gritaba como todos. ¡A la Bastilla! ¡A la Bastilla!

Ya sabemos que Billot no queria mucho á los curas,

pero este fué la escepcion de la regla. Le encargó que siguiese haciendo la distribucion de la pólvora, y el cura, que era un valiente, aceptó el encargo.

Entónces se subió Marat en un guardacanton: hubo un tumulto espantoso.

— ¡Silencio! dijo con voz de trueno; yo soy Marat, y quiero hablar.

Todos enmudecieron como por encanto, y dirigieron su vista hácia el orador.

— ¿Quéreis armas? dijo Marat.

— ¡Sí! ¡sí! respondieron mil voces á un tiempo.

— Para ir á tomar la Bastilla ¿no es así?

— ¡Sí! ¡sí! ¡sí!

— Pues bien; seguidme, y las tendreis.

— ¿A dónde?

— A los Inválidos; allí hay veinte mil fusiles. ¡A los Inválidos!

— ¡A los Inválidos! ¡á los Inválidos! ¡á los Inválidos! gritó la multitud.

— Ahora, dijo Marat á Billot, que venia de llamar á Pitou, os encaminareis á la Bastilla ¿eh?

— Sí.

— Pues oid; puede suceder que antes de la llegada de mis veinte mil hombres tengais necesidad de ayuda.

— En efecto, dijo Billot, es muy posible.

Marat sacó del bolsillo un pedazo de papel, y escribió con un lápiz estas cuatro palabras. *De parte de Marat.*

Y despues trazó un signo particular en el papel.

— Y bien, preguntó Billot ¿qué quereis que haga con este billete, si no tengo el nombre ni las señas de la persona á quien debo entregarle?

— En cuanto á las señas de la persona á quién os recomiendo no las gasta, y su nombre es bien conocido de todo el mundo. Preguntad al primero que encontréis por Gonchon, el Mirabeau del pueblo.

— Gonchon; que no se te olvide este nombre, Pitou.

— Gonchon ó *Gonchionus*, dijo Pitou; no se me olvidará.

— ¡A los Inválidos! ¡A los Inválidos! gritaba la multitud con mayor ferocidad.

— Vamos, anda, dijo Marat á Billot, y que el genio de la libertad guie tus pasos.

¡A los Inválidos! gritó en seguida.

Y echó á andar, seguido de mas de veinte mil hombres.

Billot se llevó tras sí quinientos ó seiscientos, que eran los que estaban ya armados.

En el mismo instante se asomó á una ventana el síndico Mr. Flesselles.

— Amigos míos, dijo, ¿por qué llevais en los sombreros esa escarapela verde?

Esta escarapela era, como ya lo hemos indicado, la hoja de castaño que á Camilo Desmoulins se le ocurrió adoptar por divisa, y que casi todos los que acompañaban á Marat y á Billot habian puesto en sus sombreros, porque la vieron en los de los demas.

— ¡Esperanza! ¡Esperanza! ¡significa esperanza! gritaron algunas voces.

— Sí; pero el color de esperanza es el distintivo del conde de Artois. ¿Quereis que se crea que llevais como sus criados las armas de su casa?

— No, no, gritaron todos á la par, sobresaliendo entre todas la voz de Billot.

— Pues bien; cambiad la escarapela, y si quereis llevar divisa, que sea al menos la de la ciudad de París que es nuestra madre comun. Azul y encarnado, amigos, azul y encarnado. (1)

— Sí, sí, gritaron todos, azul y encarnado.

Y arrojaron al suelo sus escarapelas verdes, y las pisotearon, pidiendo cintas á voz en grito; entónces, como por encanto se abrieron todos los balcones y ventanas de las casas inmediatas, y llovieron sobre la multitud cintas azules y encarnadas.

(1) Despues Mr. de Lafayette observó tambien que el azul y el encarnado eran los colores de la casa de Orleans, y añadió el blanco diciéndo á los que lo adoptaron:

Con esta escarapela dareis la vuelta al mundo.

Pero con las cintas que cayeron no hubo apenas bastante para mil personas.

Pero bien pronto hicieron pedazos los pañuelos, delantales y vestidos de seda que les tiraron de los balcones, y hechos tiras y atados con lazos y nudos, sirvieron para que todo el mundo se proveyese de escarapelas.

Seguidamente se puso en marcha la tropa de Billot.

En el camino fué reclutando toda la gente que pudo. Del barrio de San Antonio se le unieron los mas dispuestos y capaces para semejante empresa.

Asi llegaron en orden á lo alto de la calle de Lesdiguières, donde habia una multitud de curiosos, unos tímidos y otros pacíficos, y otros insolentes, que estaban contemplando desde allí las torres de la Bastilla, alumbradas entónces por un sol de fuego.

Al oír el redoble de los tambores, que resonaban hácia el barrio de San Antonio, y al ver llegar una compañía de guardias franceses que venian por el boulevard, y los mil hombres que acompañaban á Billot, la multitud cambió inmediatamente de aspecto; los tímidos cobraron valor, los pacíficos se exaltaron, y los insolentes empezaron á amenazar.

— ¡Fuera los cañones! ¡Fuera los cañones! gritaron á un tiempo veinte mil voces.

En aquel mismo momento, como si el gobernador de la fortaleza obedeciese á las insinuaciones de la multitud, los artilleros se acercaron á las almenas y retiraron los cañones hasta que desaparecieron enteramente de la vista.

La multitud aplaudió al ver esto, creyendo que cedian á sus amenazas.

Los centinelas, sin embargo, seguian paseándose en la plataforma. Los inválidos andaban confundidos entre los suizos.

Después de haber gritado, fuera los cañones, empezaron á gritar: ¡Mueran los suizos! Este grito significa lo mismo que el del día anterior: ¡mueran los alemanes!

Pero los suizos seguian paseándose por entre los inválidos.

Uno de los que gritaban *mueran los suizos*, se impacientó; tenia un fusil en la mano, apuntó al centinela, y disparó.

La bala fué á dar en la piedra, un pie mas abajo del cornisamento de la torre, enfrente del sitio por donde pasaba el centinela. El balazo apareció como un punto blanco: pero el centinela siguió paseándose sin hacer el menor movimiento ni girar la cabeza á ningun lado.

Entónces se levantó un gran rumor entre la multitud, contra el que acababa de dar la señal de aquel ataque tan inaudito é insensato. Este rumor era mas bien producido por el miedo y el espanto, que por la cólera y rabia de la multitud.

Muchos no comprendian que pudiera cometerse delito mayor que el de disparar un tiro contra la Bastilla.

Billot contemplaba en silencio aquella masa de piedras verdosas, semejante á los mónstruos fabulosos que nos pinta la antigüedad cubiertos de escamas. Contaba las almenas por donde podian asomar los cañones de un momento á otro, y los fusiles, que abrian su ojo siniestro para mirar á la multitud, apoyados en las troneras.

Billot meneó á un lado y á otro la cabeza, recordando las palabras de Flesselles.

— Jamás podremos entrar allí, dijo para sí en voz baja.

— ¿Y por qué no? preguntó una voz á sus espaldas.

Volvióse Billot y vió á un hombre de aspecto feo, cubierto de harapos, y cuyos ojos centelleaban como dos estrellas.

— Porque me parece imposible tomar semejante fortaleza.

— Tomar la Bastilla, dijo aquel hombre, no es una accion de guerra, sino un acto de fé; cree, y harás todo cuanto quieras.

— Paciencia, dijo Billot metiendo la mano en el bolsillo para sacar su pase; paciencia.

— Paciencia; sí, ya comprendo: tú eres un hombre gordo y reposado; tienes traza de ser campesino.

— Y lo soy en efecto, dijo Billot.

— Entónces, ya comprendo por qué dices *paciencia*. Tú habrás tenido siempre que comer; pero mira detrás de tí todos esos espectros que te rodean, mira sus venas áridas y cuenta sus huesos á través de sus harapos, y preguntales si comprenden la palabra *paciencia*.

— Habla muy bien, dijo Pitou, pero me da miedo.

— A mí no me da miedo, dijo Billot.

Y volviéndose hácia el hombre, le dijo :

— Sí, *paciencia*, digo; pero por un cuarto de hora nada mas; nada mas que un cuarto de hora...

— ¡Ah! ¡ah! exclamó el otro sonriéndose; un cuarto de hora, en efecto, no es mucho tiempo; ¡y qué vas á hacer de aquí á un cuarto de hora?

— De aquí á un cuarto de hora, habré ya estado en la Bastilla; sabré cuantos soldados hay de guarnicion, cuales son las intenciones del gobernador, y por donde se puede entrar.

— Sí; como sepas luego por donde podrás salir.

— ¿Y qué? aunque no salga, ya vendrán á ayudarme á salir.

— ¿Quién ha de venir?

— Gonchon, el Mirabeau del pueblo.

El hombre se estremeció; sus ojos parecian dos llamas

— ¿Le conoces tú? preguntó.

— No.

— Pues entónces...

— Lo conoceré, que es lo mismo; porque me han dicho que cualquiera á quien me dirija en la plaza de la Bastilla me guiará á él; tú estás en la plaza de la Bastilla, con que llévame á su presencia.

— ¿Y para qué le quieres ver?

— Para darle este papel.

— ¿De quién es?

— De Marat, el médico.

— ¡De Marat! ¿conoces tú á Marat?

— Acabo de estar con él hace un momento.

— ¿Dónde?

— En el Hotel de Ville.

— ¿Y qué hace allí?

— Ha ido á los Invalidos para proporcionar armas á veinte mil hombres.

— Pues dame ese papel. Yo soy Gonchon.

Billot dió un paso hácia atrás.

— ¿Eres tú Gonchon? preguntó.

— Amigos, dijo el otro; este hombre no me conoce, y pregunta si es verdad que yo soy Gonchon.

Todos se echaron á reir; les parecia imposible que hubiese una sola persona que no conociese á su orador favorito.

— ¡Viva Gonchon! gritó la multitud.

— Tomad, dijo Billot dándole el papel.

— Camaradas, dijo Gonchon despues de leerle, dando una palmada á Billot en el hombro; es un compañero nuestro, Marat me lo recomienda. Podemos contar con él.

— ¿Cómo te llamas? preguntó á Billot.

— Me llamo Billot (1).

— Y yo, dijo Gonchon, me llamo *Hacha*, y con nosotros dos creo que podreis hacer algo bueno, añadió, dirigiéndose á la multitud.

Todos se echaron á reir al escuchar aquel sangriento juego de palabras.

— Sí, sí, podreis hacer algo bueno, repitió.

— ¿Y qué podemos hacer? preguntaron algunos.

— Por lo pronto tomar la Bastilla.

— Enhorabuena, dijo Billot, eso se llama hablar al alma. Oye, Gonchon, ¿de cuántos hombres dispones?

— De unos treinta mil.

— Treinta mil... y veinte mil que van á venir de los Invalidos, y diez mil que hay aquí... si no salimos airosos en este negocio, no saldremos ya nunca.

— Sí que saldremos, dijo Gonchon.

— Yo tambien creo eso. Reune, pues, tus treinta mil hombres... Yo voy á entrar en la Bastilla á ver al gobernador y á intimarle que se rinda; si se rinde, tanto mejor,

(1) La palabra Billot, significa *tajo* en francés.

asi evitaremos que se derrame sangre; pero si no se quieren rendir, la sangre vertida caerá gota á gota sobre su cabeza, y siempre que se derrama la sangre por causa injusta, lleva consigo la desgracia del que la hace verter. Que se lo pregunten si no á los alemanes.

— ¿Cuánto tiempo vas á estar con el gobernador?

— Todo el tiempo que pueda, para que mientras tanto se r una toda nuestra gente, de modo que apenas salga se pueda empezar el ataque.

— Bueno; pues hasta luego.

— ¿Desconfias de mí? preguntó Billot á Gonchon alargándole la mano.

— ¡Yo! respondió Gonchon con una sonrisa desdeñosa, apretando la mano que le ofrecía Billot; ¿yo desconfiar de tí? ¿Y por qué? Si yo quisiera, á una sola palabra mia, á una seña, te haría aplastar como á un gusano aunque te escondieses en esas torres, que para mañana ya habrán dejado de existir. Anda, pues, y cuenta para lo que quieras con Gonchon como él cuenta con Billot.

Billot se dirigió hácia la puerta de la Bastilla, mientras Gonchon se dirigía hácia el centro del barrio, seguido de la multitud que iba sin cesar repitiendo:

— ¡Viva Gonchon! viva el Mirabeau del pueblo!

— Yo no sé, dijo Pitou á Billot; digo que no sé como es el Mirabeau de los nobles; pero el nuestro se me hace bastante feo.

CAPITULO XVI

La Bastilla y su gobernador.

No describiremos la Bastilla, porque seria cosa oficiosa. Eterna vive su imágen en la memoria de los ancianos y de los niños.

Recordaremos solamente que vista desde el boulevard, se divisaban en la plaza de la Bastilla dos torres, iguales la una á la otra, con sus dos fachadas paralelas al canal que se ve en el dia.

Para entrar en la Bastilla, habia que pasar primero por un cuerpo de guardia, luego dos líneas de centinelas, y despues dos puentes levadizos.

En seguida se llegaba á un patio, que era donde daba la habitacion del gobernador.

Desde aqui conducia una galería á los fosos de la Bastilla.

En la puerta que daba á los fosos habia un puente levadizo, otro cuerpo de guardia y una gran verja de hierro.

En la primera entrada quisieron detener á Billot; pero este enseñó el pase que le habia dado Flesselles, y le dejaron pasar.

Notó Billot que Pitou le seguía.

Pitou hubiera sido capaz de bajar con él á los infiernos ó subir hasta la luna.

— Quédate fuera, le dijo Billot; por si no salgo, bueno será que se quede uno fuera para recordar al pueblo que estoy yo dentro.

— Teneis razon, dijo Pitou; ¿dentro de cuánto tiempo es menester hacer ese recuerdo?

— Dentro de una hora.

— ¿Y lo de la cajita? preguntó Pitou.

— ¡Ah! sí; escucha. Si yo no salgo, ni Gonchon entra con su gente á la Bastilla ó no me encuentran dentro, es preciso que digas al doctor Gilberto que unos hombres que llegaron de París á la alquería, me han quitado la cajita que me entregó hace cinco años; que apenas yo lo eché de ver, vine inmediatamente á París á avisarle; y que habiendo llegado á saber que estaba preso en la Bastilla, procuré tomar por fuerza la fortaleza y dejé en ella mi vida, que estaba siempre á su disposicion.

— Está bien, tio Billot, dijo Pitou; solo que es muy largo y temo que se me vaya á olvidar.

— ¿Qué? ¿lo que acabo de decir?

— Sí.

— Pues voy á repetirtelo.

— No hace falta, dijo una voz al lado de Billot; mejor es escribirlo.